

Hipótesis

Francisco Andrés Escobar

¿Cómo te llamas?
¿Cuánto recibiste?
¿Cómo es el rostro con que el cuerpo oculta
los filones del mal en el abismo?
¿Qué pupila sostienes ante el día?
¿Con qué esbozas la culpa por la noche?

¡Vamos, no mientas!
Tu inocencia fingida es camuflaje
de la culpa que rompe tus andamios.
¡Mírate adentro, que destilas crimen,
a pesar del ropaje con que tapas
la calciforme trama de tu vida!

¿¿Que fuiste héroe?!
¿¿De qué?! ¿¿De quiénes?!
¿Del crepúsculo inmundado que ha pagado
con bolsa de oro tu nefasto crimen?

¡No me dirás que no eres homicida,
que no faltaba más, "héroe insigne"!
No me dirás que las conversaciones,
tratos,
contratos,
celebrados en clubes y hoteles
junto a claras albercas de amatista,
o en residenciales edificios,
eran planes de honra y heroísmo.
¡Eran planes de muerte! ¡Asesinato!
¡Planes de destrucción, que no es lo mismo!

Los héroes, entiéndelo,
en la batalla queman su ceniza;
pero tú... ¡pero tú!... ¿qué es lo que hiciste?:
aceptar las condiciones del contrato,
afinar la certera puntería,
viajar cual ciudadano respetable,
colarte en el país,
desplegar tus espías...
y en el momento menos esperado
atacar.
¡Valiente héroe!
¡Qué guerra pusilánime la tuya!
¿Ante qué batallón abriste fuego?
¿Qué riesgos te corriste?
¡Ninguno! ¡¡Nin-gu-no!! ¡¡¡Mataste en cobardía!!!
Óyelo bien: ¡¡¡Mataste en cobardía!!!
Escucha. Fíjate:
Llegaste en carro rojo con tus otros espías.
Te fue fácil entrar
porque allí, como su nombre lo indica: Divina
Providencia,
los brazos y las puertas permanecen abiertas
a quien las necesita.
¡Te aprovechaste de que por esos sitios
hay profunda quietud
porque es lugar de muerte para los desvalidos!
¡Te aprovechaste de que allí
ni los gritos tienen un altavoz porque son más que
gritos:
resuellos de la muerte cuando roba la vida!

Él vivía con ellos y eso
tú lo sabías.
¡Qué ejército de fuerza al que te le opusiste!
¡¡Qué grande tu heroísmo!!

Recuerda:
ante el altar él celebraba misa.
Había predicado con el amor de siempre,
que el Reino del Señor se va haciendo en la tierra.
Clamó por la justicia,
como lo hacía siempre,
y exaltó la esperanza como valor divino.
“Unámonos en fe...”, grábate esas palabras:
“Unámonos, pues, íntimamente en fe y esperanza
a este momento de oración por doña Sarita
y por nosotros...”
!Grábatelas! ¡Recuérdalas! ¡Porque allí fue tu
crimen!

Oculto, en acechanza, espías el momento...
y por el amplio hueco que abre aquella ventana
que habrás de recordar como signo, cual marca,
soltaste tu disparo.
¡Qué grande tu heroísmo!
¡Qué buena puntería afilada en la práctica
de tu color político
... o de tu hambre intestina!
Te viste cara a cara con legiones de lágrimas,
con temores,
con gritos;
y así, “héroe”, ¡huiste
dentro del carro rojo con tus otros espías!
¡Allí quedaba el mártir,
allí el cáliz y el vino
desgarrados por dentro en tu trágico rito!

¡Qué grande tu heroísmo: salir apresurado y dejar
el país!
Dime: ¡¿por qué lo hiciste?!

¿Creíste que la mano del Profeta caído
podía estrangular tu salvaje heroísmo?

¿Temiste que el ejército de enfermos desvalidos
vengara tu gran crimen?

¿O es que acaso fue prisa por cobrar la otra parte
de tu pago ofrecido?

¡¿Así que “héroe”, amigo?!
Mira, entiéndelo bien:
no eres héroe, santo,
ni siquiera fanático de una causa precisa.
¡Eres pólvora a sueldo!
¡Mercenario! ¡Asesino!

¡¿Que qué quiero?! ¡Pues nada!
¿Qué se puede esperar de tus manos indignas?
¿Qué se puede pedir al corazón herrado
con fierro de egoísmo?
Nada. Para mí: ¡nada!
Para ti: la vergüenza, si es que en algo te vale,
de verte ante la historia con ropajes de esbirro.

¡¿Que compras mi silencio...?! ¡Ah, canalla
maldito!

¿Tú crees que por hambre debe darse bozal
de plata a la palabra?...

Vamos, vete, que es tarde.
Retorna a tu dominio.
Llévate la vergüenza cocida en piel y alma
y entiérrate con ella donde te quede sitio.
Quizá nunca los hombres conozcan tu destino;
pero Dios te conoce y te sabe:

¡¡¡Asesino!!!

Marzo de 1980.